

Recordaba cuántas veces había cruzado aquellas calles en el éxtasis del deseo, pensando que ya no volvería á suceder. El cielo estaba triste. Desde la vispera parecía haber vuelto el invierno, como sucede muchas veces en París en medio de la primavera. Al atravesar el Sena, que corría tan sombrío, tan verde, el desgraciado lo miró y pensó:

—¡Y es, sin embargo, tan fácil concluir!...

Después de aquel momento de desesperación, buscó en su bolsillo la carta de Susana como para convencerse de la realidad de su desgracia. Contempló también su pañuelo, aspirando su perfume largo tiempo; miró los guantes por todos los lados, reconociendo la forma de los dedos que tanto había amado. Sintió que, resistiendo á la tentación, había llegado hasta el último límite de sus fuerzas, y cuando se encontró solo en su cuarto, después de aquella nueva y aguda crisis en su pena, dijo en alta voz:

—No puedo más...

Tranquilamente, casi como un autómeta, abrió un cajón de su mesa y sacó, envuelto en su funda de cuero, un revólver de bolsillo que su hermana le había regalado. Lo hizo jugar descargado. Buscó el paquete de cápsulas, y tomó una al peso. ¡Pobre máquina humana, qué poco se necesita para dormirte del todo!

Cargó el revólver, desabrochó su camisa, buscó con su mano izquierda el sitio del corazón y apoyó el arma contra su pecho.

—No—dijo en alta voz también,—¡no será antes de probar una vez más!

Estas palabras correspondían á un pensamiento que le había asaltado varias veces, y que siempre había rechazado como una locura, pero que ahora, con la claridad propia de las ideas en los momentos de una suprema resolución, tomaba forma y cuerpo ante él. Volvió á colocar el revólver en el cajón y se sentó en su butaca, la de Susana, y se dejó arrastrar al abismo de los trágicos sueños en donde las imágenes se dibujan con un extraordinario relieve, y en que los razonamientos se forman rápidos como en medio de una fiebre, donde se elaboran las resoluciones desesperadas.

—Amado mio...—se repetía recordando lo que Susana le había escrito.—¡Sí, á pesar de sus mentiras, á pesar de la comedia que había representado, de la cual repasaba en su espíritu las innumerables escenas, á pesar de la abyección de su intriga con Desforges, ella le había amado verdaderamente, sí, le había amado con pasión! ¿Sin la sinceridad de este amor, era comprensible ni un momento siquiera su común historia? ¿Qué otro móvil ha-

bía podido arrojarla en sus brazos? No podía ser el interés; ¡Renato era tan pobre, tan humilde, estaba tan por bajo de ella! No podía ser tampoco la vanidad de seducir á un autor de moda, puesto que ella misma le había exigido que sus relaciones fueran secretas. ¿La coquetería? Tampoco. No se lo había arrebatado á ninguna rival. Sí, por monstruoso que fuese este amor, mezclado con esta corrupción, ella le había amado, le amaba todavía.

Aquel alma era todavía capaz de sinceridad. Algo se agitaba en ella que valía más que su vida, más que sus acciones. Renato consentía por fin en oír la voz que imploraba por su querida, y miraba de frente aquella venalidad cuyo descubrimiento le había aterrado. Su entrada en el hotel Komof y sus primeras impresiones pueriles de aristocracia, la posesión de Susana y la gracia de los menores detalles de su tocado, revelándole el boato del gran lujo y sus refinadas delicadezas, le habían iniciado en muchos misterios. El espejismo de aquella vida aristocrática, evocado por sus primeros sueños inocentes de poeta y de burgués, se había disipado á sus ojos para dejarle una visión aproximada de las espantosas prodigalidades que lleva consigo una opulenta existencia en París. En aquel momento, y mientras su amor, que quería vivir,

se esforzaba en justificar á Susana, en comprenderla, por lo menos, en descubrir en ella algo para no despreciarla del todo, entreveía, gracias á aquel conocimiento más verdadero del mundo, el drama íntimo que se había verificado en su querida... Claudio se lo había dicho en términos precisos:—«Hace siete años, los Moraines estaban arruinados...» ¡Arruinados!

Estas cuatro sílabas se traducían ahora para el joven en la imagen exacta de las que llevan consigo renunciadas y bajezas. Susana había crecido entre el lujo y para el lujo. Esa era su atmósfera, esa era su vida. Su marido, ese Marneffe de frac—el poeta seguía juzgando así al pobre Pablo,—debía ser el primero á lanzarla en el funesto camino. Se había presentado Desforges. Ella había cedido... No amaba... Y cuando realmente había amado, ¿podía romper su cadena?...

Sí, podía, proponiéndole á él, á Renato, abandonarlo todo, los dos, para vivir juntos siempre!...

—¿Abandonar todo?... ¿Los dos?... ¿Para vivir juntos?

Se sorprendió de pronunciar estas palabras como en sueños. ¿Era demasiado tarde acaso para este ofrecimiento de sacrificarlo todo á su amor, de anular todo lo del pasado menos aquel amor, encerrar en él, aprisionar

todo su sér, todo el presente y todo el porvenir? Si él fuese á decir á Susana:

—Me juras que me amas, que este amor es la única verdad de tu corazón, la única. Pruébamelo. No tienes hijos, eres libre. Toma mi vida y dame la tuya. Parte conmigo y te perdono y creo en tu corazón...

—Me vuelvo loco—dijo conteniendo su espíritu, cuando se presentó ante su vista este proyecto, con tanta precisión que veía á Susana allí, oyéndole...—¿Loco? ¿Por qué?... Las frases que en su juventud había leído sobre la redención de las prostituídas por amor, pensamiento tan profundamente humano que ha ocupado á los más grandes artistas, le bullían sin cesar en la memoria. La figura más divina de amorosa cortesana que pudo ser descrita jamás, la Ester de Balzac, había seducido tanto sus sueños de otro tiempo, y en las naturalezas como la suya, en quien las impresiones literarias preceden á las de la vida, no desaparecen nunca completamente del corazón semejantes sueños... Amaba á Susana y Susana le amaba á él. ¿Por qué no tratar, en nombre de este sublime sentimiento, de arrancarla á la infamia en que vivía, y sustraerse él mismo á aquella negra sima de la muerte hacia la cual se sentía atraído? Pero ella, ¿qué respondería?

—Sabré, por último, si me ama—repetía Renato.—Sí, si me ama, ¡con qué ardor se apoderará de este medio de escapar á esa atmósfera de lujo á que está encadenada! ¿Y si dice que no?...

Un estremecimiento de espanto le sacudió completamente.

—Todavía será tiempo de obrar entonces—repuso.

La tempestad desencadenada por la invasión súbita de este plan, duró tres horas. El joven se abandonaba á él sin comprender que su resolución estaba tomada de antemano, y que aquellas ideas y vanidades de sus pensamientos no hacían más que disipar á sus propios ojos el sentimiento que dominaba en él por encima de todo: el apetito, la necesidad imperiosa de volver á ver á su querida. Aun cuando aquel proyecto de fuga juntos hubiese sido más insensato, más impracticable, más contrario á toda esperanza de éxito, se hubiera entregado á él como al más razonable, al más fácil y al más seguro, porque, en efecto, era el único que conciliaba el ardor irresistible de su amor y las exigencias de dignidad sobre las cuales su honor, aún virgen, no transigiría jamás en lo más mínimo.

—Manos á la obra...—se dijo por fin; y se puso á escribir una carta á Susana en la cual

le rogaba que estuviese en su casa al día siguiente á las dos de la tarde. Corrió él mismo á llevar la carta al correo, y experimentó al volver esa espera que sigue siempre á las resoluciones definitivas. Él, que se había sentido todos aquellos días, después de su primer acceso de salvaje violencia, incapaz de la menor energía, hasta el punto de no haber podido volver á abrir el manuscrito de su *Savonarola*, se puso en seguida á prepararlo todo como si no hubiera duda de la contestación de Susana. Contó el dinero que tenía en su cajón; algo más de cinco mil francos. Era bastante para satisfacer las primeras necesidades. ¿Y en seguida?... Calculó de cuánto capital tenía derecho á disponer en la fortuna de la familia, que seguía indivisa entre su hermana y él. Lo más difícil era pasar los dos primeros años, durante los cuales terminaría su drama y le haría representar. Publicaría después su novela, á la cual el éxito de su comedia empujaría como una ola empuja á otra ola.

Se abría ante él un horizonte de trabajos y de triunfos. De qué esfuerzo no se sentiría él capaz, sostenido por aquel divino elixir, la dicha, y por la voluntad de procurar á Susana el lujo que ella le sacrificaría.

Su hermana le sorprendió, cuando volvió

á entrar, arreglando los papeles, clasificando libros, colocando aparte los grabados.

—¿Qué haces?...—le preguntó.

—Ya lo ves, me preparo á marchar.

—¿A marchar?...

—Sí—respondió;—pienso ir á Italia.

—¿Y cuándo?...—dijo Emilia estupefacta.

—Seguramente pasado mañana.

Y lo decía de buena fe. Había calculado que Susana necesitaria para sus preparativos, si es que se decidía, unas veinticuatro horas. ¿Si se decidía? Esta sola duda, al nacer su resolución, le hacía ahora tanto daño, que ni la discutía. Después de la escena de la Opera, donde la había dejado pálida y como herida de un rayo, en las sombras del antepalco, se había impuesto la más sobrehumana restricción, encauzando el torrente de sus apasionados deseos. Su repentina esperanza era como una brecha abierta por la que se precipitaba este torrente furioso, desenfrenado, con una violencia que todo lo arrastraba. Su locura llegó en la mañana anterior á la entrevista, hasta ir á dos ó tres tiendas de objetos de viaje de la avenida de la Opera, para examinar baúles. Después de la partida de Vouziers, nadie de la familia Vincy había salido de Paris ni siquiera por veinticuatro horas. No había, por lo tanto, en su casa como me-

dios de embalaje más que dos cofres viejos y tres maletas deterioradas. Estos cuidados materiales, que formaban una concreta realidad de los desvaríos del joven, engañaron la fiebre de la espera hasta la hora de la cita. La alucinación del deseo había sido tan fuerte, que no se dió cuenta de la realidad de las circunstancias hasta que se encontró en el saloncito de la calle de Murillo. Faltaba lo principal.

—La señora vendrá en seguida...—había dicho el criado, dejándole solo.

No había vuelto á aquel sitio desde el día en que leía los versos más escogidos á la que él consideraba entonces como una madona. ¿Sería acaso de parte de ella una suprema estratagema aquellos minutos de abandono antes de su conversación en aquel sitio tan lleno de recuerdos para él? En efecto, se le avivaron estos recuerdos, pero para conmoverle de muy distinto modo del que se vanagloriaba Susana. Aquel aspecto de elegancia tan admirado en otro tiempo, le causaba horror. Le parecía que flotaba una atmósfera de infamia en derredor de aquellos objetos, muchos de los cuales debían haber sido pagados por Desforges. Este horror aumentó más en él la decisión de arrancar á la que amaba á su pasado de vergüenza, y cuando apareció en el

umbral de la puerta, no fué ternura lo que ella encontró en sus ojos, sino la fijeza, el brillo de una resolución inquebrantable... ¡Qué resolución! De los dos, ella era la más conmovida en aquel momento, la más incapaz de dominarse. La blancura de su largo traje de encaje hacía resaltar el color amarillento de su rostro, agostado por la ansiedad de los últimos días. No había necesitado acudir al recurso del lápiz negro para sombrear sus ojos, como suelen hacer las comediantes del mundo, ni más ni menos que las del teatro; ni estudiar tampoco el ademán de llevarse la mano al corazón á la vista del joven, apoyándose en la pared para no caer. Al primer golpe de vista comprendió que necesitaría sostener una ruda batalla para reconquistarlo, y temblaba todo su sér. Hubo entre los dos amantes una de esas escenas mudas, solemnes, en que parece oírse la voz del destino.

La duración de ese momento fué intolerable para la desgraciada, siendo la primera que rompió el silencio, diciéndole en voz muy baja:

—¡Renato mío, cuánto me has hecho sufrir!
Y adelantándose hacia él, loca de emoción, le cogió ambas manos y apoyó la cabeza en su pecho, buscando sus labios para besarlos. Él tuvo energía para rechazarla.

—No—dijo,—no quiero...

—¡Ah!—sollozó ella, retorciéndose los brazos;—¡siempre crees en ello, en esas abominables sospechas!... ¡No has venido, me has condenado así, sin oírme!... ¿Qué pruebas tenías, sin embargo?... ¡Haberme visto salir de una casa!... ¡Y ni siquiera una duda en favor mío, ni una sola de las veinte hipótesis que podían abogar por mí!... ¿Y si yo te dijese que en aquella casa vive una amiga enferma, á quien había ido á ver aquel día?... ¿Si te dijese que la presencia de la otra persona cuya vista te volvió loco, obedecía á la misma causa?... Si te lo jurase por lo que hay para mí de más sagrado en el mundo, por...

—No, no jures—interrumpió Renato con dureza;—no te creería, ni te creo...

—¡No me cree ni aun ahora, Dios mío! ¿Qué hacer?

Dió algunos pasos por la habitación, repitiendo:

—¿Qué hacer? ¿qué hacer?

Durante toda aquella semana la había preocupado la idea de que él podía estar tan irritado contra ella, que no la creyese. Si le quedaba la menor sospecha, estaba perdida. La espiaría de nuevo ó la haría espiar. Sabría que en cada visita á la casa de la supuesta amiga se encontraba con Desforges,

y sería comenzar de nuevo. ¿A qué continuar insistiendo entonces? Y después de todo, bastantes mentiras tenía sobre sí. Ahora que la más sincera de las pasiones hervía en su corazón, sentía la necesidad de decir la verdad á su amante, toda la verdad; pero al decírsela, que se desbordase su pasión, y entonces era preciso que la comprendiese en aquel momento supremo y creyese en ella. Y como fuera de sí,

—Es verdad—dijo,—te engañaba; quieres saberlo todo, y lo sabrás...

Se detuvo un momento y se pasó las manos por el rostro con extravío.

—Pues bien. ¡No!

Se sentía incapaz de confesarlo. Él la despreciaría demasiado, y figurándose, á medida que hablaba, la especie de compromiso incoherente que mediaba entre la necesidad de ser sincera y el miedo de que Renato la despreciase, continuó:

—Es una espantosa historia, mira... Mi padre muerto... Cartas que rescatar, con las cuales había miserables que podían profanar su memoria... Hacía falta dinero, mucho dinero... Yo no tenía nada... Mi marido me rechazaba... Entonces ese hombre... Yo perdí la cabeza... y luego él me ha tenido... me tiene sujeta por este secreto... ¡Ah! ¿no com-

prendes tú que yo te haya mentido únicamente por conservarte para mí?...

Mientras estas palabras salían precipitadamente á la ventura de su boca, Renato la contemplaba. Aquella historia del honor de su padre, salvado de aquel modo, no era sino una nueva mentira, lo comprendía, lo veía bien claro. Pero aquel último grito, lanzado con un ardor casi salvaje, era verdadero. ¿Qué le importaba lo demás? Iba á saber si aquel amor, la única sinceridad contra la cual reclamaba ella en aquel momento, tendría fuerza bastante para triunfar de todo lo que no fuese él.

— ¡Tanto mejor! — respondió. — ¡Sí, tanto mejor si eres la esclava de un infame pasado que te abrumba! ¡Tanto mejor si la dependencia con respecto á ese hombre te causa tanto horror!... ¿Me dices que me has amado, que me amas y que me has mentido sólo por conservarme?... Ese amor te ofrece la ocasión de darme una prueba, después de la cual no tendré ya derecho á dudar. Vengo á ofrecerte la manera de borrar ese pasado completamente... Yo también te amo, Susana, ¡ah! profundamente. No me preguntes lo que sentí cuando supe lo que supe y vi lo que vi. Si no he muerto, es que nadie muere de desesperación. Estoy dispuesto, sin embargo, á olvi-

darlo y perdonarlo todo, con tal de que yo comprenda que me amas verdaderamente. Soy libre, tú lo eres también, puesto que no tienes hijos. Yo estoy dispuesto á abandonarlo todo por ti, y vengo á preguntarte si estás dispuesta á hacer otro tanto. Nos iremos adonde quieras, á Italia, á Inglaterra, á un país donde estemos seguros de no encontrar nada de lo que fué tu vida pasada. Y ésta yo la borraré. Encontraré fuerzas para ello en la fe que tenga en tu corazón después de lo que hagas. Y me diré á mi mismo: «No me conocía; desde el día en que me ha conocido, no ha existido para ella más que su amor.» Pero aceptar esa repugnante participación de que llegaras á mí desde los brazos de ese hombre, profanada por sus besos; ó bien, si rompes con él, ser el miserable que desconfía de esta ruptura, representando ese vil papel de espía que ya una vez he desempeñado... No, Susana, no me pidas eso. Hemos llegado á un punto en que debemos ser uno para otro, ó todo ó nada; amantes que encuentran en su amor con qué formar una familia, una patria, un mundo, ó extraños que no se conocen siquiera. Escoge...

Había hablado con la energía de un hombre que se ha hecho á sí mismo el juramento de llegar hasta el fin. Por insensata que fuere

esta proposición, tratándose de una parisiense acostumbrada á no reconocer la pasión sino bajo una forma conciliable con las exigencias y las comodidades de la vida social, Susana no dudó un momento. Renato se expresaba con toda la sinceridad de su corazón; pero esta sinceridad llevaba consigo tal exceso de amor, que no dudó tampoco de su triunfo final sobre las rebeliones y las locuras del joven.

—¡Ah!—respondió ella temblando.—¡Qué bueno eres al hablarme así! ¡Cuánto me amas! ¡Cuánto me amas!

Se estremecía al pronunciar estas palabras, inclinando la cabeza como si no pudiese resistir tanta dicha.

—¡Dios mío, qué delicia!...—añadió.

Después, adelantándose hacia él y tomándole una mano, tímidamente le dijo:

—¡Qué niño eres! ¿Tú sabes lo que vienes á ofrecermé?... ¡Si no se tratase más que de mí, con qué gusto te diría: «Toma mi vida entera», y no podrías comprender que en esto no había gran mérito!... Pero la tuya... ¿puedo acaso aceptarla? Tienes veinticinco años y yo más de treinta... Cierra los ojos y figúrate vernos dentro de diez años... Yo seré una vieja y tú todavía un joven... ¿Y entonces?... Además, tus trabajos, ese arte con el que estás tan

unido que llegué á estar celosa. ¿Por qué ocultártelo ahora? Necesitas París para escribir... Te vería triste á mi lado... Vería que eras mi amante por deber, por piedad, ¡desgraciado esclavo!... ¡No, no podría soportarlo!... ¡Amor mío, abandona ese insensato proyecto, dime que sin eso me perdonas, dí-melo, Renato mío, dí-melo!...

Se había ido acercando al joven á medida que hablaba, apoyando la cabeza en su hombro, buscando sus labios. Renato sintió un estremecimiento de pasión y de repugnancia al mismo tiempo, adivinando el plan de seducción que ella se había trazado. La cogió por un brazo, retorciéndoselo, y la arrojó con dureza lejos de sí.

—Así, pues, no quieres—dijo él con exaltación;—repíteme que no quieres...

—Te lo suplico, Renato—repuso ella con lágrimas en los ojos;—no me rechaces... Puesto que nos amamos, ¡ah! ¡seamos dichosos!... Tómame como soy, con todas la miserias de mi vida... Es verdad, amo el lujo, amo este París que tú odias... No, no tendré valor para dejarlo todo, para romperlo todo... Tómame así, puesto que sabes bien y puesto que sientes que te digo la verdad cuando te juro que te amo como no amé jamás! ¡Ah! ¡No me abandones! ¡Seré tu esclava! Cuando

tú me llames, vendré. Cuando me despidas, me marcharé. ¡No me mires con esos ojos, te lo ruego, deja desbordarse á tu corazón!... Cuando yo te conocí, ¿te pregunté yo acaso si amabas á otra? No, yo no he tenido más que un pensamiento: hacerte dichoso. Si te he ocultado todo lo que forma las tristezas de mi vida, ¿me has de odiar por eso? Mirame de rodillas delante de tí, suplicando.

Y en efecto, se había arrojado á sus pies. ¿Qué le importaba en aquel momento la prudencia, ni la posibilidad de que entrase un criado? Se arrastraba sobre sus rodillas cogiéndose á él. Estaba admirable de hermosura, los ojos extraviados, su ardiente rostro iluminado por todo el fuego de la pasión, y mostrándose la sublime cortesana que había sido siempre. Los sentidos de Renato estaban trastornados; pero le asaltó de pronto un recuerdo cruel, y le lanzó como un insulto esta pregunta:

—¿Y Desforges?...

—¡No me hables de él—sollozó ella,—no pienses en eso! ¿Si pudiese despedirlo, crees que vacilaría? ¿No comprendes que estoy sujeta? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No se tortura así á una mujer... no!—añadió con aire sombrío, siempre de rodillas, inmóvil y con la cabeza baja.—No, no puedo...

—Entonces, acepta lo que te he ofrecido—dijo Renato;—todavía es tiempo... Huyamos juntos...

—No—repitió ella con aire aún más sombrío.—No puedo tampoco... Mira, me sería tan fácil prometértelo y no cumplirlo... Pero ya he mentido demasiado...

Se levantó. La crisis nerviosa que acababa de atravesar tenía su reacción, y repitió con voz agotada:

—No puedo tampoco... No puedo...

—¿Qué querías entonces de mí?—exclamó él con acento furioso.—¿Por qué te arrastrabas ahora mismo á mis pies? ¿Querías que yo fuera para ti un lacayo del placer? ¡Un joven con quien ir á olvidar las caricias del viejo!... ¡Ah!...

Y arrebatado por la cólera, unió á la brutalidad del lenguaje la de la acción, y se adelantó hacia ella con el puño cerrado, con expresión tan terrible, que ella creyó que la iba á matar. Retrocedió, lívida de espanto, con las manos extendidas.

—¡Perdón, perdón!—decía sintiéndose perdida.—¡No me hagas daño, no me hagas daño!

Diciendo esto, se refugió detrás de una mesa, sobre la cual había, entre otros objetos, un retrato del Barón en un marco de terciopelo. Los ojos de Renato se habían apartado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"H. F. J. H. V. S."
APR 10 1951

de Susana; luchaba contra la tentación monstruosa de golpear á aquella mujer indefensa. No bien hubo visto el retrato, lanzó una carcajada insensata. Se apoderó de él, y cogiéndola á ella por los cabellos, le restregó aquel retrato contra la boca cruelmente, á riesgo de hacerla sangre, y riendo como un loco repetía:

—¡Toma, mira tu amante, mira tu amante, tu amante, tu amante!

Después arrojó el cuadro al suelo y lo pisoteó. No bien se hubo entregado á esta acción de demencia, tuvo vergüenza de sí mismo. Miró á Susana por última vez con el cabello suelto, los ojos fijos, inmóvil de terror, en un rincón de la habitación. No pronunció una palabra, y salió sin que ella tuviese fuerzas para articular ni una sola sílaba.

XX

EL PADRE TACONET

Dos días después de esta terrible escena, habiendo aparecido de nuevo el cielo de Mayo espléndido, azul y tibio, Claudio Larcher se hallaba á eso de las dos de la tarde apoyado en el balcón de la habitación de Colette que daba sobre el jardín de las Tullerías. Había pasado varias noches seguidas en casa de su querida. Ambos amantes se veían arrastrados por uno de esos caprichos que son tanto más fogosos en las uniones de este género, cuanto que el recuerdo de las quejas de la víspera se mezcla á la certidumbre de la riña del día siguiente. El hombre y la mujer se entregan uno á otro sin reservas; parece que la larga serie de los placeres, gustados antes en común, haya modelado sus cuerpos el uno para el otro, y ante esos renuevos de ardiente posesión, casi frenética, toda otra voluptuosidad pierde su sabor. Claudio reflexionaba sobre esta ley singular de los hábitos amorosos, mientras daba fin á un cigarro viendo cómo el humo tomaba tonos azules al sol. Miraba